



El Desván de las Reseñas

Pascal Quignard Las Sombras Errantes. Último Reino I. El Cuenco de Plata. 2014. Traducción de Silvio Mattoni.

Luego de doce años de su publicación original aparece en nuestro medio “Las sombras errantes” de Pascal Quignard (Normandía 1948), primer volumen de su obra titulada “Último reino” ganador del premio Goncourt, ya se habían publicado el tomo VIII “Vida secreta” en el 2004 y el VII “Los desarzonados” en el 2013. Estos volúmenes constituyen un conjunto heterogéneo (fragmentos, evocaciones, cuentos y cortos ensayos) de ficciones asociadas a sutiles puntos de vista sobre la condición humana y profundas reflexiones ontológicas acerca del fondo oscuro del lenguaje y la humanidad. El premio Goncourt es proclamado en Francia todos los noviembre de cada año desde 1906, por los miembros de la Academia Goncourt. Este premio recompensa el mejor volumen de imaginación en prosa entre las novelas publicadas en el año en curso, por una suma de diez euros.

Músico, pintor, novelista y ensayista Pascal Quignard se graduó en filosofía en la universidad de Nanterre y se inclinó por los estudios de literatura y filología griega y latina. Conocido por su novela “Todas las mañanas del mundo” (1991), magistralmente llevada al cine por Alain Corneau, ya se destacaba para el gran público por sus novelas “El salón de Wurtemberg” (1986) y “Las escaleras de Chambord” (1989). Entre sus ensayos sobresalen “El sexo y el espanto”, aparecido en 1994 y traducido en nuestro medio en el 2005, donde se desarrolló un profundo estudio con una profusa investigación filológica, sobre las transformaciones del erotismo en el paso del mundo griego a la Roma imperial. “El odio a la música” aparecido en 1996 y traducido en el 2012, donde trabaja la relaciones entre la música, la pena, el dolor y el horror humano, como por ejemplo el rol de la música en los campos de exterminio de los nazis, y “Retórica especulativa” de 1994 traducido en el 2006, en el que puede percibirse lo que uno podría llamar su poética; es decir, su posición frente al saber y la escritura y sus obsesiones por la vida prenatal, el lenguaje y la muerte como signos de la condición humana. Pero en el fondo su tema es la violencia de lo imaginario y el poder inventivo y feroz de la especie a través y por medio del lenguaje.

Su poética no sólo es antimetafísica, sino antifilosófica, porque considera a la filosofía una rama degradada de la retórica por no asumir que “todo el lenguaje humano no es más que un estancamiento luego del deseo”. La filosofía rehuye y reniega de lo literario.

Esa tradición de pensamiento señala Quignard, para la cual todo lenguaje, es el instrumento que excava, tanto el “stilus” como la “pinna” (es decir, tanto el stilus-espada como la pinna-flecha del arco), es anterior a la filosofía. “Porque la vida humana se apoya en el lenguaje como la flecha en el viento”.

Quignard afirma pertenecer a un linaje no a un canon, que va de Freud a Lacan, de Heidegger a Grassi, el linaje que va de Schwob a Caillois, es decir a Borges, a Des Forêt, a Leiris, Ponge, Bataille, Genet y Klossowski, con ellos traza direcciones mediante las cuales explora las cavernas del holoceno, los escombros y los fosos en busca de ese silencio feroz que desde entonces acompaña a la condición humana, y lo hace a partir de un presente que inventó a la bomba H. Para Quignard la especie humana no sufrió mutaciones, sino que es el producto de su conversión en predadora, con respecto a un pasado en donde ella figuraba con el rango de una presa más entre otras. Comenzamos fascinándonos con las fieras, allí imitamos el grito que lanzaban para matarlas y es el lenguaje también, un producto de esa escena. El logos es como una garra que apresa. En uno de sus fragmentos afirma Quignard “Los animales que cazan a la carrera son gregarios. Como los licones, los hombres y los lobos”.

En este texto en donde el autor inventa hechos anodinos del pasado, traslada viejos fragmentos de pensamientos y saberes cuyas tradiciones se han dispersado o han sido masacradas, donde comenta circunstancias de personajes al borde del anonimato y la insignificancia, hay dos marcas muy claras que acercan el discurso de Quignard a la posición neobarroca sobre la condición humana.

En este texto en donde el autor inventa climas a través de hechos anodinos del pasado, traslación de viejos fragmentos de pensamientos y saberes cuyas tradiciones se han dispersado o han sido masacradas, donde comenta circunstancias de personajes al borde del anonimato y la insignificancia, hay dos marcas muy claras que acercan el discurso de Quignard a la posición neobarroca sobre la condición humana. La primera es la persistencia de la inestabilidad de lo humano como civilización y al mismo tiempo, la sensación de su cercanía con el fondo oscuro de la vida. Ello se relaciona con las “inestabilidades” del neobarroco como muy bien señaló Severo Sarduy y con el claroscuro barroco que se enfrenta a la luz del medio día del clasicismo. El segundo es el encuentro con lo siniestro solapado en los simulacros sociales, en el sentido que lo humano se sostiene por la creación de climas sobre el abismo, como los climas producidos por un DJ en medio del sopor, la ansiedad y el sin sentido que fluctúa a través de los comensales de un recinto posmoderno, Allí, el ritmo llega al ritual por el trance, pero sin horizonte ni transformación subjetiva que inicie una trayectoria alternativa individual o colectiva, a la clausura de un imaginario colectivo.

Revista Digital de Publicación Trimestral / ISSN 1853-8118

Complejidad

Filosofía - Estética - Epistemología - Poética - Humanidades - Política

Todos los Derechos Reservados